

Del antagonismo a la cooperación entre el Este y el Oeste para la búsqueda de un mundo más humano

Dávila Aldás, Francisco R.; Ortiz, Edgar

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Dávila Aldás, F. R., & Ortiz, E. (1992). Del antagonismo a la cooperación entre el Este y el Oeste para la búsqueda de un mundo más humano. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 37(149), 49-81. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1992.149.51074>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Commercial-NoDerivatives). For more information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

Del antagonismo a la cooperación entre el Este y el Oeste para la búsqueda de un mundo más humano*

**Francisco R. Dávila Aldas,
Edgar Ortiz**

* Ponencia presentada en el First International Congress, International Society for Intercommunication of New Ideas (ISINI), Paris, La Sorbone, Francia, Agosto 27-29, 1990 y actualizada en julio de 1992.

Estamos ya a menos de una década del fin del siglo xx y ésta al igual que un árbol fecundo, antes de fenecer parece cargarse de los mejores frutos y despojarse de algunas de sus escorias. Entre los más importantes por sus impactos globales y regionales podemos señalar el derumbe del bloque soviético, la fragmentación de la URSS y con ello, no sólo el final de la guerra fría sino la irrupción de una serie de nuevos Estados a la economía de mercado y hacia formas más democráticas de gobierno. Parecerían alejarse definitivamente de nosotros

los antiguos siglos en los cuales los bárbaros cruzados a nombre del amor y de la vida —predicados por la Iglesia— segaron valiosas vidas “paganas”; consideradas poca cosa en relación a la vida plena de los cristianos.¹

También pasaron ya aquellos siglos de conquista, de crueldades, de imposiciones a sangre y fuego de una cultura llamada “su-

¹ No ignoramos los brotes actuales de fundamentalismo que, como el islamismo en Irán, e Irak, siguen atentando contra la libertad y la vida, los valores más preciados del mundo actual.

perior” —sólo de nombre— que intentó borrar milenarias civilizaciones en América, Asia y África; tan valiosas como la que finalmente se impuso; todo ello, a nombre de una felicidad y libertad que nunca llegaron a esos pueblos, hasta que ellos mismos las pudieron parcialmente conquistar.

Sin embargo, aún viven en la memoria y en el ser social de los pueblos europeos las atrocidades y los efectos retardados de la Primera y Segunda Guerra Mundial² que superaron con creces a las de los otros siglos; no sólo por la magnitud de las catástrofes materiales y sociales sino porque el uso de la ciencia, de la tecnología y de la industria, los máximos logros de la Europa moderna no alcanzaron el objetivo de hacer más humano su propio mundo³ y, menos aún el de aquellos que por su causa aún viven sojuzgados.

Pero, todos estos siglos transcurridos no sólo han significado pérdidas invaluable para los que aún vivimos, sino también un valioso acopio de incalculables riquezas materiales y de valores sociales cuyo precio, en este fin de siglo, es enorme y expresa con justeza el logro de la humanidad como conjunto. No obstante, este patrimonio de la humanidad que podría resumirse en la universalización de la libertad para alcanzar múltiples alternativas y para lograr una mejor vida no ha podido ser disfrutado por todos.

En el mundo moderno dos sistemas económicos, con pretensiones de llegar a ser los únicos sistemas de vida, de universalizarse, se desarrollaron adoptando diversas formas ideológicas e institucionales. El llamado sistema “capitalista” y el “socialista”. Ambos han construido a lo largo del tiempo un impresionante sistema de justificación ideológica en el que sustentan sus valores, sus logros, sus estrategias y sus utopías. El primero fundamentado en una estrategia compleja de defensa de la libre empresa frente al estatismo que la coarta, tiene

² El chauvinismo y nacionalismo ultramontano que en algunas Repúblicas de la antigua Unión Soviética y en la ex-Federación Yugoslava continúan haciendo estragos y segando vidas, las dificultades de la unificación alemana y la reconfiguración de las Repúblicas balcánicas y bálticas son el resultado presente de los tremendos errores que se cometieron en aras de guardar un equilibrio militar de muy alto costo material y social.

³ Prueba de ello fue el temor al holocausto nuclear, que pendió sobre las vidas de los europeos en los años de confrontación y guerra fría entre las dos grandes potencias: Estados Unidos y la Unión Soviética; lo que motivó las negociaciones sobre la limitación y destrucción de armas nucleares y llevó a dar los primeros pasos que, ahora con el nuevo clima mundial, se aceleran para el logro de una colaboración más abierta entre Oriente y Occidente.

como objetivo básico obtener el mayor beneficio individual a través de la explotación eficientista de los recursos naturales y sociales. En la práctica el sistema ha probado su extraordinaria capacidad para la innovación tecnológica y su destreza para utilizar los mecanismos estatales de protección e intervención tanto para la planificación general de sus estrategias como para la descentralización y dispersión de sus operaciones.

Por su parte el socialismo, destacando los valores sociales —el reparto comunitario, la cooperación y la ayuda mutua, el legado mayor que aportaron a nuestra era moderna las antiguas sociedades—, buscó el mayor beneficio social controlando la avaricia y la codicia de los acaparadores de la riqueza. Así los mayores logros de este sistema han sido grandes programas de soporte estatal para obtener las satisfacciones de las necesidades mínimas de toda la población aun a costa de grandes islas de ineficiencia y desperdicio de recursos, dadas las fallas de la planificación centralizada, escasamente combinada con mecanismos mercantiles de descentralización.

Objetivamente, ninguno de los dos subsistemas que hasta fines del siglo xx siguen, de un modo u otro, integrando el sistema económico mundial⁴ han logrado éxitos rotundos en el logro de sus finalidades. El mayor beneficio y lucro individual ha creado mecanismos devastadores de los recursos materiales y sociales de la humanidad. Sólo unos pocos han logrado el mayor bienestar como individuos y las grandes mayorías se han visto privadas de los mismos. Los soportes que la sociedad como un todo ha dado a la economía de mercado y a los empresarios privados por medio del gobierno han producido inmensas riquezas acaparadas por un lado y deuda y pobreza generalizada por otro.

Los mecanismos mercantiles reguladores de los precios e impulsores de la competencia no han funcionado de modo adecuado y han

⁴ Los cambios revolucionarios en el bloque soviético han destruido el "socialismo de Estado" y sus estructuras de poder burocrático que hicieron del principio de la planificación una imposición dictatorial cuando éste es esencialmente democrático; esto es, la sociedad en su conjunto debe determinar sus necesidades prioritarias y el modo de satisfacerlas tanto en las unidades económicas individuales como en el conjunto de la economía, armonizando así la contradicción fundamental de todo sistema social: el interés individual con el social. Para una discusión mayor de este punto remitirse a J. Habermas, "What does Socialism means Today? The Rectifying Revolution and the Need for New Thinking on the Left", en *New Left Review*, No. 183, September/October, 1991, pp. 3-21.

creado acaparadores monopólicos y exceso de bienes no consumidos que han afectado el proceso propio de desarrollo de la economía a niveles mundiales y nacionales y han generado una enorme cantidad de población desempleada, parte de ella al borde de la indigencia y la restante con niveles de infrasubsistencia apenas contenidos con los ingresos por actividades ilegales o por el subempleo en los mercados informales. En suma, ha propiciado también la desigualdad social y mundial descubriéndose en su seno grandes desigualdades entre sus clases sociales y el dominio, hegemonía, de los países más avanzados—centrales—sobre los periféricos de formación capitalista tardía.

Por su lado, en la economía dirigida estatalmente los soportes individuales al proceso de bienestar y desarrollo social generaron una masa de desempleo disfrazado y una burocracia improductiva que socava la riqueza social, pues gozaba de privilegios que no merecía por su trabajo sino por ser el soporte de una dictadura de partido. En lo relativo a la planificación estatizada ésta se vio desbordada por la demanda de bienes y de tecnología que era necesario importar a altos costos en los mercados capitalistas desviando así valiosas divisas que pudieron haber servido para mejorar los bajos niveles de vida, causa latente de descontento social casi generalizado que tuvo que ser controlado en los momentos más difíciles menoscabando los derechos humanos elementales. Finalmente, sus contradicciones también se hicieron presentes a nivel internacional pues se destinó a ciertos países el papel de satélites y peones en la confrontación con el Oeste.

Ambos sistemas a su vez, al impulsar el desarrollo de la ciencia y de la tecnología como el eje de los procesos de modernización industrial han sido incapaces de proporcionar una demanda sostenida de empleos bien remunerados y una elevación sustancial de los niveles de vida. Menos aún se han preocupado por sustituir el ahorro de tiempo en el trabajo generado por las nuevas tecnologías en un espacio que, además de ocio para el disfrute de los beneficios del progreso, se dedique para que los trabajadores desarrollen su personalidad y creatividad y así se establezcan las bases para la democratización del trabajo, desapareciendo la especialización entre el trabajo intelectual y el manual. La ciencia y la tecnología desviaron sus objetivos porque fueron utilizadas para fomentar el

armamentismo con riesgos crecientes de confrontación con armas nucleares que si bien fomentaron el empleo en el aparato industrial-militar de ambos sistemas, significaron desvíos enormes de recursos sociales que actuaron como un bumerang de la crisis de recursos productivos que hoy soportamos. Así, en relación a los valores, ninguno de los dos sistemas ha logrado en concreto universalizar la libertad, la democracia, la justicia social, la paz y el respeto entre las naciones; esto es, multiplicar las opciones de disfrute del patrimonio humano para todos.

Desde hace varias décadas ambos sistemas entraron en crisis e iniciaron una búsqueda de nuevas estrategias para perseguir sus fines. En resumen ni los mecanismos de planificación centralizada y estatizada, ni los de libre mercado han funcionado adecuadamente; esto es, no han sido capaces por sí solos de permitir el desarrollo dinámico de ambos subsistemas.

En estas circunstancias el subsistema "socialista de Estado" desmorona poco a poco su imperio y vuelve rápidamente a la adopción del mecanismo mercantil como fijador más eficiente de los precios; por su lado el subsistema capitalista que había puesto su fe en los mecanismos mercantiles como estabilizadores de los desequilibrios económicos adopta a nivel de las grandes empresas globalizadas los mecanismos de una planificación más sensible a facilitar las decisiones toda vez que los cambios y las fluctuaciones mundiales del comercio de las empresas amenazan con generar perturbaciones que las puedan afectar y colapsar.

Del antagonismo a la cooperación en Occidente o la utopía realizable

El título del presente trabajo es realmente equívoco por lo que es necesario precisarlo. Con frecuencia la literatura política y económica tienden a tomar como conceptos antagónicos u opuestos en el plano sociopolítico e ideológico al "Este" u "Oriente" y al "Oeste" u "Occidente", que sí lo son como sinónimo de ubicación geográfica. De este deslizamiento a la consideración del "Oriente" como opuesto y hasta antagónico al "Occidente", la distancia a franquear es mínima y, como una analogía a la opuesta situación geográfica

de los conceptos con minúscula, se pasa a marcar la oposición en el plano de los conceptos con mayúscula.

La confusión es aún mayor si seguimos a las teorías evolucionistas de la historia o teorías del progreso⁵ que establecen jerarquías entre el proceso de llegada a la modernidad de los pueblos europeos como sinónimo de consolidación de la cultura occidental frente a las culturas no occidentales. Así entonces, la polisemia y la ambigüedad se acrecientan y el resultado es que Oeste no sólo significa Occidente sino modernidad, progreso, evolución de los estadios inferiores de organización social, tales como las sociedades autócráticas, tribales, esclavistas, feudales, absolutistas, a las sociedades igualitarias y democráticas. Oriente aparece como sinónimo de retraso, regresión, de tradicionalismo, de absolutismo, de despotismo y de falta de democracia y libertad. De esta argumentación a la ideologización del Occidente sólo hay un paso y así Oeste aparece como la plenitud, el final del progreso, el fin de la historia⁶ o sea, como el estado más evolucionado de la sociedad que culmina con el Estado y la sociedad burguesas, productos del desarrollo capitalista. De este modo, Occidente es entendido también, como el sistema socioeconómico capitalista que es el modelo ideal a seguir y el sistema socioeconómico socialista, el otro de los hijos de la sociedad moderna, el Este, es satanizado.

Cabe, por ello, aclarar el equívoco finalmente hilvanado por el maniqueísmo ideológico neoconservador liberal, cuya euforia obcecada del "triunfo" del capitalismo sobre el socialismo ofusca un análisis más hondo de las modificaciones profundas que los dos sistemas socioeconómicos han sufrido a lo largo de su evolución mundial actual, marcada por la crisis de la modernidad o de los dos

⁵ Cf. A. Heller, *Teoría de la Historia*, México, Fontamara, 1984, p. 194.

⁶ Es el título del artículo polémico de Francis Fukuyama, asesor del Director del Staff de Planeación Política del Departamento de Estado de los Estados Unidos; ideólogo del neoconservadurismo liberal que alaba el afán hegemónico mundial de los Estados Unidos considerándolo como el "triunfo de Occidente", pues para él la Historia que es una lucha para realizar la idea de libertad latente en la "conciencia humana", ha llegado a su fin pues, en su particular opinión, durante el siglo XX las fuerzas del totalitarismo han sido decididamente derrotadas por los Estados Unidos y sus aliados y, con ello, ha llegado el fin de la evolución ideológica del mundo y la universalización de la democracia occidental. Cf. "History has come to End", en *National Interest*, No. 6, Summer, 1989, Washington, D.C. El artículo fue traducido al español por Oralia González y publicado en "Página Uno", en *Uno más Uno*, México, domingo 11 de febrero de 1990, pp. 8-9.

modelos de sociedad y de vida cuyas finalidades son las mismas pero que se intenta lograrlas mediante estrategias diferentes que se quiere absolutizar y universalizar, como únicas salidas a un desarrollo social humano más pleno.

Con mucha razón Rugina califica el punto de vista de Fukuyama,⁷ uno de los ideólogos de esta corriente, como “un punto de vista superficial y sobresimplificado de las realidades, tal como suceden en el Este y el Oeste”.⁸ Simplemente no logra entender que, tanto el sistema capitalista como el socialista, son dos alternativas de “Occidente” para lograr por vías plurales la universalización de la libertad y de la mejor vida. El Este se está manifestando en la actualidad no sólo como una sociedad moderna por su corte industrializante y tecnológico sino porque en su intenso proceso revolucionario el terror y el aniquilamiento brutal de la contrarrevolución han dado paso a las confrontaciones democráticas, una tradición que Occidente reivindica pero que los jacobinos franceses y sus corifeos olvidaron.

La vertiginosidad de los cambios en Europa del Este y la hoy ex-Unión Soviética, desde sus primeros pasos a su tercera modernización,⁹ han marcado la disolución del antagonismo entre el Este y el Oeste para pasar a la cooperación. Los acontecimientos de esta nueva revolución que pueden resumirse como una lenta y contenida destrucción de las estructuras del poder burocrático sostenido por el aparato estatal del Partido Comunista, hasta el golpe militar al gobierno de Gorbachov de agosto de 1991, que intenta recuperar el antiguo reino pero que fracasa, gracias a la irrupción decidida de la sociedad civil en la escena política; lo que conduce al desmoronamiento definitivo e incruento del poder centralizado simbolizado en la persona de Mijail Gorbachov y el traspaso del mismo a los presidentes de la Federación de Repúblicas que deciden adoptar el proyecto de B. Yeltzin. O sea, deciden por la autonomía de cada una de ellas y por la conformación de una Comunidad,¹⁰ grupo de

⁷ Cf. nota anterior.

⁸ Anghel N. Rugina, *The International Society for Intercommunication of New Ideas*, Note 3, Boston, USA, April 12, 1990, p. 1.

⁹ Nos referimos a las reformas de Pedro El Grande en el siglo pasado y a la Revolución de 1917, que definitivamente condujeron al imperio de los zares al carro de Occidente.

¹⁰ Para mayores detalles sobre estos acontecimientos y para un análisis de sus repercusiones en Europa occidental y los Estados Unidos ver, A. Lynch, “Does Gorbachov Matter Anymore?”.

Estados soberanos unidos por intereses y objetivos comunes, entre los cuales la cooperación con Occidente es uno de los elementos esenciales de su fortalecimiento y su futuro. Al realizarse estos cambios se han aniquilado los antagonismos entre el capitalismo y el socialismo; anteponiendo así a la colaboración las luchas por la dominación y hegemonía mundiales, que tenían como objetivo primario satisfacer los intereses particulares de las dos grandes potencias mundiales, Estados Unidos y la hoy ex-Unión Soviética, ambas actualmente en decadencia.

Pero hay aún más, este derrumbe de los colosos conlleva a la lenta creación y construcción, aquí y ahora, de un mundo más libre, más plural y más humano; esto es, se estaría avanzando a la culminación o universalización del disfrute de las riquezas materiales y espirituales que, siendo patrimonio de todos los hombres y mujeres son ahora el monopolio de unos pocos que libremente las pueden obtener.

La utopía, o sea, la idea de un futuro posible, esto es, la necesidad de optar por un proyecto de un mundo más humano, más libre y democrático no es sólo la panacea del liberalismo, sino también es la del socialismo, entendido, libre de tergiversaciones burocráticas; como etapa plena de una sociedad absolutamente rica en realizaciones materiales y espirituales para todos, dada la abundancia de necesidades y de un inmenso arsenal de satisfactores para colmarlas; aunque relativamente, no entera o mecánicamente, pues el hombre plenamente satisfecho se inmovilizaría, llegaría al hartazgo, no tendría la opción de desarrollar un mundo cada vez mejor, de promover un desarrollo cada vez más completo de las potencialidades inherentes a la especie humana.

Sorprende, entonces, la ligereza y superficialidad con la que Francis Fukuyama niega “la posibilidad de una convergencia entre capitalismo y socialismo” afirmando —como un profeta del futuro— el triunfo rotundo del capitalismo sobre el otro sistema socio-económico alternativo, sin percatarse de que ambos sistemas —ya lo señalamos— en sus intentos concretos no han podido convertirse

en *Foreign Affairs*, vol. 69, No. 3, 1990, 1; también F. Lewis, “Bringin in the East”, en *Foreign Affairs*, vol. 69, No. 5, 1990; R.A. Dahal, “Democracy, Majority Rule, and Gorbachov’s Referendum”, *Dissent*, Fall 1991; R.W. Davis, “Gorbachov’s Socialism in Historical Perspective”, en *New Left Review*, No. 179, 1990.

en modelos a seguir pues cojean en sus estrategias de conseguir para todos justicia, libertad, democracia y mejor vida. Con mucha razón nuestro interlocutor constata que en los finales del milenio que vivimos “la universalización de la democracia liberal occidental como forma decisiva de gobierno humano” se está dando y cita como ejemplos a China y a la ex-Unión Soviética.¹¹ La argumentación es correcta pero con una fundamental corrección. La democracia como forma de gobierno humano no es el patrimonio de la ideología liberal. El socialismo la reivindica también radicalmente, precisamente criticando e intentando corregir el formalismo de su aplicación y su tergiversación bajo el capitalismo.

Por otro lado, formas de vida democráticas se dieron ya antes de la existencia del capitalismo como sistema económico y de vida por lo que la democracia como valor ya conquistado es el patrimonio de la humanidad que debe ser compartido por todos los pueblos. Hablar del triunfo del Occidente sobre el Oriente o del capitalismo sobre el socialismo, justamente cuando el conflicto entre el Este y el Oeste está en su momento de quiebre, es hacerle un pésimo favor al serio intento de cooperación y colaboración que se presenta en este final del milenio entre dos potencias que han evaluado sus aspectos negativos y quieren construir juntas un mundo mejor. Es volver a crear contradicciones y luchas ideológicas que, como se ha entendido en ambos sistemas sociales, conducen a irreparables pérdidas unilaterales y de conjunto. El perdedor si pudiera haberlo, es siempre el más perjudicado y sobre él el ganador ejerce fuerza, violencia y dominación para someterlo contra su voluntad; lo que pone en tela de duda la eclosión del “Estado homogéneo universal” en el que “todas las contradicciones fundamentales están resueltas y todas las necesidades humanas son satisfechas”, según lo argumenta Fukuyama,¹² situándose en el terreno de la utopía.

En nuestro criterio, ésta es realizable ahora, pero no mediante la competencia sino a partir del mutuo consenso y la colaboración, que propiciarán una distensión permanente, menores pérdidas unilaterales y de conjunto; por tanto ganancias para la humanidad en términos de ampliar las riquezas materiales y sociales para un mayor disfrute comunitario. Los apologeticos del capitalismo, liberales en

¹¹ Fukuyama, *op. cit.*

¹² Cf. “Página Uno”, *op. cit.*

la economía pero conservadores en el campo social, ven en el ensanchamiento del mercado y del consumismo, la aplicación de la libertad y de la democracia; pero, no consideran las desigualdades que el monopolio de la propiedad y de las ganancias engendran como condiciones fundamentales —entre otras— la diferencia social que impera aún en el país donde el capitalismo como sistema económico y de vida ha rendido sus frutos más valiosos;¹³ por ello argumentan que el igualitarismo de la América moderna representa el logro esencial de la sociedad sin clases imaginada por Marx. Esto no quiere decir, afirman, que no existan ricos y pobres en los Estados Unidos o que la brecha entre ellos no haya crecido en los años recientes. Pero las causas de raíz de la desigualdad económica no tienen nada que ver con la estructura social y legal subyacente de nuestra sociedad, la cual permanece fundamentalmente igualitaria y moderadamente redistribucionista, tanto como con las características culturales y sociales de los grupos que la hicieron posible, que son, a su vez, la herencia histórica de las condiciones premodernas.¹⁴

Con dichos argumentos los proponentes del “endismo”¹⁵ idealizan a la sociedad capitalista y caen en la tentación de considerarla insuperable; pero, también descubren el gran valor de las instituciones democráticas que los socialistas radicales y los comunistas en derrota consideran ser las condiciones previas pero necesarias del reino de la libertad y de la buena vida. Resulta, entonces —como ya lo advertimos anteriormente— que existe una buena base de consenso entre liberales y socialistas en el sentido en que las instituciones estatales deben garantizar la libertad individual y sus derechos para el logro de una vida plena y feliz; pero la herencia democrática radical supera la tradición liberal al exigir plenas garantías y derechos para los diferentes grupos sociales; esto es para

¹³ Nos referimos a Estados Unidos donde el alto nivel de industrialización y la gran cantidad de riquezas permitió hasta hace poco tiempo que la gran mayoría de la población pudiese disfrutar de un alto nivel de vida y sobre todo de pleno empleo; pero las cosas en la actualidad han cambiado, y para muestra un botón, la semana de disturbios y violencia en Los Ángeles (ver a este respecto “Understanding The Riots” Part 1, 2, 3, 4; A los Angeles Times Special Report en *Los Angeles Times*, 11 a 15 de mayo de 1992) que aparece como una señal de alarma para el sistema capitalista en el país que era su símbolo el “Number One” entre los demás.

¹⁴ *Ibid.*, p. 8.

¹⁵ Palabra acuñada del inglés *end* (fin) del comunismo, utilizada por Fukuyama en su polémico artículo y *endism* para identificar a tal visión política, y ya aceptada universalmente en español.

la sociedad en su conjunto que no puede ser considerada como la sumatoria de las libertades individuales para el logro de una plenitud de vida en comunidad. Esta libertad pública que conduce a la buena vida colectiva donde la sociedad civil participa democráticamente en la solución de sus problemas individuales y colectivos es la que los ex-países socialistas estarían intentando alcanzar al final del siglo.¹⁶ Es que en estas sociedades, donde la lógica del capitalismo y de los mecanismos mercantiles como reguladores *expost* de las ineficiencias productivas había sido excluida y la de la democracia de igual modo,¹⁷ primaba la lógica de la industrialización que había reducido a los hombres a la función de un simple engranaje, un mero insumo de trabajo en la planificación industrial centralizada y burocrática, donde la libertad e iniciativa individuales, esencia de las opciones democráticas estaban ausentes.

Fukuyama entiende bien las limitaciones económicas de este modelo de sociedad pero no logra entender que la lógica de la industrialización puede darse sin la del capitalismo y con democracia y esto es lo que la utopía socialista persigue y que el "socialismo de Estado", una forma tergiversada del mismo, fracasó en procurarlas. Así la seguridad que significó en el bloque soviético tener, por un tiempo, la mayor parte de las necesidades satisfechas de acuerdo al patrón de planificación centralizada, llamada por Heller "la dictadura sobre las necesidades"¹⁸ generó tremendas tensiones que poco a poco han tenido que irse apaciguando con reformas cada vez más profundas que han llevado a "cambios revolucionarios",¹⁹ hasta hace poco insospechados, no sólo en la estructura económica política y social del sistema soviético sino en el interior del bloque de países socialistas, lo que, a su vez, ha tenido grandes repercusiones en la vida económica, política y social de Europa y en el equilibrio inestable mundial, mantenido desde el periodo de la Guerra Fría.

¹⁶ Cf. J. Goodwin, "The Limits of Radical Democracy", *Socialist Review*, No. 90-2, pp. 130-144.

¹⁷ Cf. a este respecto: F. Feher y A. Heller, *Anatomía de la Izquierda Occidental*, Barcelona, Península, 1985, p. 19.

¹⁸ Cf. A. Heller, F. Feher, *et al. Dictatorship Over the Needs*, Oxford, Blackwell, 1983. En esta obra se analizan los cambios acaecidos desde la revolución Rusa, "auténtica revolución proletaria masiva que apuntaba a la emancipación política y que la élite jacobina-bolchevique de octubre de 1917 desvió de su curso".

¹⁹ Ver a este respecto J. Habermas, *op. cit.*

Todo ello, así lo consideramos, origina un espacio de mayor apertura democrática para una colaboración, no exenta de conflictos, entre las potencias mundiales que debería redundar en beneficio del desarrollo y la paz mundiales. El socialismo de Estado en Europa ha terminado, pero esto debería significar su revaloración como alternativa para la construcción de un mundo más humano. Esto es, libre del antagonismo ideológico de la Guerra Fría, el mundo debe buscar una verdadera convergencia entre el Este y el Oeste; para la formación de un mundo mejor es preciso aceptar y desarrollar los logros de cada sistema a la vez que crear nuevos paradigmas que superen las limitaciones del capitalismo liberal y del socialismo de Estado; pero en la creación de estos nuevos paradigmas se debe recurrir sin temor a las dos propuestas que han probado sus beneficios y limitaciones.²⁰ Tenemos que aprender tanto del capitalismo como del socialismo; no reconocerlo podría simplemente conllevar a la emergencia de futuros sistemas antagónicos que compitan por el dominio ideológico y militar, en perjuicio de la humanidad. Ambos paradigmas pueden complementarse y contribuir al desarrollo de una economía más diversificada y equilibrada, para, posteriormente, en una estructura económica mundial globalizada, dentro de la seguridad y agilidad que procura la conformación de bloques de economía, cultura, geopolítica y sociedad se logre el establecimiento de una hegemonía social global, la socialización de las decisiones y los beneficios.²¹ Por otro lado, es conveniente recalcar que el término de los regímenes socialistas totalitarios no significa la transición automática a economías de mercado, como la experiencia de la ex-Unión Soviética y sus satélites de Europa bien lo demuestran. La transición tomará muchísimos años y requerirá

²⁰ Esta línea de pensamiento está más desarrollada en: E. Ortiz, "Convergence of Eastern and Western Europe and Development: A Latin American Perspective", *International Journal of New Ideas*, vol. 1, No. 1, 1992.

²¹ Al decir hegemonía social global, no nos referimos a la dominación por la fuerza, la violencia y el poderío militar, sino al convencimiento intelectual, a la persuasión moral realizada mediante la socialización a partir de la cual una determinada sociedad, un grupo, una clase... etc., inculca su cultura, un modelo de vida y una organización que al hacerse apetecibles, queridas, buscadas—dado que ofrecen mayores oportunidades de libertad y de vida que las otras que se le oponen o presentan—serán acogidas sin mayores resistencias por los demás bloques, países, grupos..., etc. Cf. al respecto de socialización mayores precisiones en "Socialización y Educación", en F. Dávila, "Apuntes analíticos para la comprensión de la Estructura Educativa", en Alicia de Alba, compiladora, *Teoría y Educación*, México, CESU, UNAM, 1990, pp. 149-150.

de mucha colaboración y asistencia a las economías ex-socialistas. Si no se conocen y aprovechan los principios e instituciones que se crearon bajo el neo-socialismo la transición no sólo podría ser rezagada y costosa, sino que también podrían ocurrir relapsos fatales, como insinúa el fallido golpe de Estado de agosto de 1991, en la ex-Unión Soviética. Finalmente, fuera del conflicto "Este" y "Oeste" europeo y de Estados Unidos, todavía se encuentran países que cultivan el socialismo, con todo y sus limitantes. China es un caso excepcional por su tamaño e importancia. Su apertura indica afanes de colaboración, pero no implica una separación total de su esquema socialista. Hay que reconocerlo para que se produzca una colaboración real con dicho país y con dicho sistema para no recaer igualmente en antagonismos como los que caracterizaron a los bloques occidentales (de Europa y Estados Unidos) y Europa oriental.

Es así en este complejo espacio que debemos ver y desarrollar la colaboración y cooperación entre el Occidente y el Oriente entendiendo que son propuestas de sistemas sociales con estrategias diferentes pero con objetivos comunes: ampliar las alternativas de libertad para una mejor vida. Es un programa tanto capitalista como socialista que podría llevarse a cabo, si aprovechamos las virtudes de ambas proposiciones y aprendemos de las aplicaciones históricas sus logros, errores y limitaciones.

Así, pues, el triunfo de la colaboración y cooperación mundial en base a la aceptación de los logros de cada uno y una convergencia de los paradigmas alternativos sería el de todos porque la utopía se habría realizado: la universalización de la riqueza material y espiritual conduciría a la universalización de las múltiples alternativas de mejor vida para todos. No se trata, vale la pena insistir, de la victoria del capitalismo consumista, dispendioso y depredador contra el socialismo totalitario, despótico y aniquilador de la libertad y democracia sino de la búsqueda de un sistema de vida más humano que conjugue los logros parciales de los dos sistemas sociales que como hijos de la modernidad occidental se enfrentan a su crisis; la que puede describirse a grandes rasgos como la contradicción entre la expansión del individuo en detrimento de la sociedad o su contrario; entre la libertad de opciones múltiples de vida o la necesidad de una homogeneización igualitaria.

La respuesta a estos aparentes dilemas no está en la conciencia de

las élites y los líderes gobernantes, quienes decidieron (tal como lo hicieron las élites y gobernantes chinos y soviéticos) optar por la forma de vida protestante de bienestar en lugar de la católica de pobreza y seguridad, sino en el inquebrantable valor que en cada hombre y en la sociedad existen para escoger aquello que, por más difícil que parezca alcanzarlo, es lo que permite acrecentar el patrimonio de la especie humana; el cual puede medirse de modo cuantitativo y cualitativo con incremento de las posibilidades de trabajo entendido como medio de objetivación y subjetivación plena de los individuos y de la sociedad; de tal forma que la sociedad, la tendencia a la universalidad, la conciencia y la libertad se acrecienten conduciendo tanto a los individuos como a la sociedad a la plenitud de su desarrollo según su especie, esto es a realizar la utopía de un mundo más humano donde nos acerquemos siempre a la norma reguladora del perenne desarrollo, a efectuar siempre ganancias sin pérdidas ni para los individuos ni para la sociedad.²²

Las dificultades de la cooperación entre el Este y el Oeste o la realidad histórica

Como planteamos anteriormente, pensamos que hablar del triunfo del capitalismo sobre el socialismo interpretando de una manera triunfalista la crisis del sistema social soviético, y de los procesos revolucionarios que apenas hemos descrito y de sus repercusiones en el ámbito internacional en este fin de siglo y en el siguiente, resulta ser una visión demasiado simplista de una serie de complejos problemas de orden interno e internacional que se han conjugado al final de este siglo y que arrancan de la "experiencia rusa del socialismo en 1917, la cual representó, en la historia de la humanidad la negación del capitalismo como sistema socioeconómico como opción de progreso y superación humana de todos los miembros de la sociedad mundial que antes y con él padecieron formas de explotación y de dominación que negaron los valores humanos más elementales que la Revolución Francesa puso en alto: la libertad, la

²²Ver A. Heller, "Valor e Historia", en *Historia y vida cotidiana, aportaciones a la sociología socialista*, Barcelona, Grijalbo, 1971, p. 23; y de la misma autora "La necesidad de utopía", en *Teoría de la historia, op. cit.*, pp. 257-272.

igualdad y la fraternidad.²³ Pero esta experiencia inédita que iniciaba con una crítica radical de las contradicciones del capitalismo tampoco pudo a lo largo de su azaroso proceso asumir, en su propio espacio social, este patrimonio universal. La igualdad tan anhelada, poco a poco fue trocando en una homogeneización frustrante que a cambio de seguridad material, instauró un autoritarismo paternalista y conservador que sofocó la libertad de disentir en la propia casa. A su vez, la fraternidad vivió la ilusión de una camaradería hipócrita y recelosa que acarició el mito de una fraternidad universal al costo del sacrificio y de la obediencia casi ciega a la voluntad del partido, ese dios humanado ante quien la libertad y la democracia se cambiaron en fe, fincada en un progreso impulsado por la industrialización; la cual recrearía la "Gran Rusia", con su misión de portadora universal del igualitarismo socialista.

Así, casi tres generaciones fueron apaciguadas con el sopor de un manto nacionalista para culminar la etapa de modernización de la Europa oriental. De este modo, Occidente ya no era Europa del Oeste solamente, sino el "socialismo real" del Este, legítimo heredero de la modernidad, el cual reivindicaba con fuerza y decisión los valores de Occidente. Un poderoso bloque económico, político, social y militar se condensaría luego de los cambios mundiales de las dos grandes guerras mundiales y una superpotencia económica aparecía en el nuevo juego de poderes mundial con una ideología convincente que, en poco tiempo, dadas las circunstancias nacionales y mundiales, se transformó casi en una fe medieval para defender con fuerza un nuevo modo de vida opuesto al capitalismo que se ensañaba en combatirlo.

La dureza de la crítica y la mística proselitista con la que el nuevo sistema arremetía contra el llamado "mundo libre" (mundo incongruente en la búsqueda de una libertad y democracia que era más bien universalización del mercado, para imponer a los más débiles, "falta de libertad para lograr libertad", nacionalismos expansionistas que se peleaban por nuevos mercados; en fin, regímenes autoritarios y dictaduras disfrazadas de formal burocracia) hizo mella en el corazón de la vieja Europa y en el resto del mundo occidental que

²³ Cf. F. Dávila, "La etapa revolucionaria al inicio del siglo XX: la tarea del proletariado y de su vanguardia", en *Críticas de la Economía Política*, No. 27-28, México, Latinoamericana, septiembre de 1986, p. 191.

a la sazón había sufrido el desmoronamiento de sus imperios coloniales y el surgimiento de otros nuevos que con mayor vehemencia y poderío económico intentaban apropiarse del mundo agrediendo a las viejas potencias y pisoteando los más caros valores de Occidente, so pretexto de salvarlos de la barbarie bolchevique comunista.²⁴

Todos estos desajustes, tensiones y conflictos que culminaron con las dos grandes guerras europeas, punto final del gran orgullo del viejo mundo e inicio de la “decadencia de Occidente”²⁵ acabaron por conformar definitivamente dos grandes campos a nivel mundial con sus respectivas esferas de influencia. Al mando de los mismos surgía el poderío indiscutible del capitalismo norteamericano y la supremacía soviética en el bloque socialista. El éxito de los adelantos industriales y militares soviéticos, el inmenso sacrificio²⁶ que el país ofreció en defensa del mundo occidental contra el nazismo alemán, las obligadas compensaciones de guerra, las anexiones de países para equilibrar el juego de intereses de la vieja Europa devastada; así como la mística casi religiosa que desplegó en defensa del nuevo sistema económico social surgido en 1917 y puesto constantemente en peligro por fuerzas internas y externas hicieron de la Unión Soviética no sólo un país respetado en Europa sino hasta temido, pues los Estados Unidos (frente al éxito propagandístico del comunismo que se enfrentaba al fascismo y se incrementaba en Europa, el apoyo y las amenazas de exportar la revolución a otros países que se descolonizaban a nivel mundial) resolvieron —en función de la consolidación de su hegemonía sobre el “mundo libre”— ampliar el conflicto ideológico, presentándolo como una

²⁴ Tanto Hitler como Mussolini, para obtener el apoyo de Europa, alardearon ser los defensores de la civilización occidental contra los males del comunismo y, sobre todo, el primero, a nombre de esta misma cultura aniquiló la libertad y la vida de millones de seres humanos; haciendo añicos los valores más preciados de la civilización que decía defender.

²⁵ Ya desde la Primera Guerra Mundial los intelectuales europeos, entre ellos, Spengler y Lukács así como posteriormente Toynbee percibieron esta decadencia; por otro lado Adorno y Horkheimer detectan el mismo fenómeno y lo conciben como el fracaso de la modernidad, o sea, la dialéctica negativa del proyecto modernizador surgido en la Ilustración.

²⁶ La Unión Soviética soportó el peso mayor de la guerra en Europa, éste fue de 20 millones de muertos; después de ésta fue la región oriental y suboriental con 7.5 millones de muertos, 4 millones de ellos judíos; continúa Alemania con 5.5 millones y los restantes países suman 4 millones de muertos. Cf. “Europa después de 1945; formación de bloques”, en W. Benz y H. Graml, *El Siglo XX*, México, Siglo XXI, tomo 2, 1986, p. 12.

lucha global del mundo libre contra un régimen represivo y anti-democrático.²⁷

Así se formalizó la división del mundo en dos grandes bloques.²⁸ Largas fueron las polémicas, los rudos golpes y la lucha constante entre las dos potencias para ganar nuevos espacios o nuevos países en vista de extender a lo largo del presente siglo los dos sistemas socioeconómicos y de vida que ya, para mediados del mismo habían perdido la panacea de su universalismo. Las dos grandes ideologías hijas de la modernidad: el liberalismo y el socialismo cuyos objetivos finales eran la libertad, la democracia y la mejor vida para todos, habían fracasado en sus tácticas y estrategias respectivas pero seguían luchando por homogeneizar al mundo de acuerdo a sus particulares dogmas o visiones del mundo.

Sin embargo, Estados Unidos había consolidado su hegemonía sobre el primer bloque²⁹ gracias a su poderío económico industrial y a su estrategia de ayuda y solidaridad interesada³⁰ (expansión de sus empresas y finanzas en Europa para evitar una crisis masiva de sobreproducción —Plan Marshall en Europa— y venta de armas, equipo militar, otorgamiento de créditos y asistencia en seguridad —países de África, Asia y América Latina). Por su lado la Unión Soviética, potencia indiscutible del segundo bloque³¹ hacía también alarde en 1949 de su capacidad industrial y militar detonando su primera bomba atómica frente a una Europa debilitada y encajonada entre dos posibles fuegos y, por ello, temerosa de un nuevo expansio-

²⁷ Desde 1945 Estados Unidos había, sin mayor éxito, tratado de fundir a Europa en un solo bloque en contra del "expansionismo soviético" pero fracasó. No fue sino hasta mayo de 1947 que Truman, teniendo en perspectiva la ayuda financiera que su gobierno iba a ofrecer a Europa para su reconstrucción, el Plan Marshall, declaró la lucha al "régimen de terror y represión" y expresa el afán hegemónico de los Estados Unidos como una vocación de "defensa de la libertad del Occidente", Cf. S.E. Ambrose, *Rise to Globalism*, New York, Pinguin Books, 1971, pp. 136-166. A su vez, los líderes soviéticos, en respuesta a este desplante, responden de modo análogo a la Doctrina Truman: "se trata de un enfrentamiento global entre el bando imperialista y antidemocrático dirigido por los Estados Unidos, contra fuerzas antiimperialistas y antifascistas lideradas por la Unión Soviética".

²⁸ Ver a este respecto G. Bruun y D.E. Lee, D., *The Second World War and After*, Boston, Houghton, Mifflin Co., 1964; C. Kindleberger, *The World in Depression 1929-1939*, Berkeley, University of California Press, 1973.

²⁹ Cf. E.F. Goldman, *The Crucial Decade - and After. America, 1945-1960*, New York, Vintage Books, 1956.

³⁰ Cf. R. Endicott, *Ideals and Self-Interest in America's Foreign Relations*, Chicago, The University of Chicago Press, 1965.

³¹ La fragmentación del Imperio Austro-Húngaro y la derrota de Hitler en Alemania crearon un vacío de poder que fue llenado por los partidos comunistas apoyados por la Unión Soviética

nismo soviético que la pondría al borde del enfrentamiento nuclear, que podría ser algo aún más atroz que las dos guerras ya sufridas.

Así tan pronto terminó la "guerra caliente" se iniciaba la Guerra Fría³² que ahondó el distanciamiento entre el Este y el Oeste divididos, sobre todo en razón de los intereses opuestos de las dos grandes potencias que los conducían. Esto, se puede evidenciar a lo largo de los conflictos de carácter internacional y nacional que sucedieron en aras de esta confrontación;³³ algunos de ellos de tal intensidad que casi condujeron al borde de una guerra planetaria. Sin embargo, tanto en las etapas de tensión como en las de distensión que se sucedieron, se apaciguaron los recios antagonismos y surgieron momentos en los que la colaboración se vislumbraba; sin embargo, sea por la dificultad de conciliar los respectivos intereses de las dos grandes potencias o por no alterar el precario equilibrio que se había alcanzado entre los diversos intereses de los países europeos para alejarse o acercarse a las dos grandes potencias, de acuerdo con sus respectivas líneas de política interna e internacional, los esfuerzos desplegados parecían terminar en el fracaso; como bien lo indican la construcción del muro de Berlín en agosto de 1961 y la colocación de los misiles en Cuba, en septiembre de 1962, que marcaron, por un lado, la necesidad de la Unión Soviética por forzar una colaboración vital con el resto de Europa y, por otro, la voluntad de los Estados Unidos y de algunos países europeos de normalizar las relaciones entre los dos bloques, en base al status creado después de la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, estas mismas circunstancias permitieron reanudar

la cual tomó control directo o indirecto de los países de Europa oriental: Polonia, Alemania del Este, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania, más o menos la mitad de la población europea conforman el segundo bloque económico (COMECON-1949) y de seguridad (PACTO de VARSOVIA-1955) contra las presiones de Estados Unidos y sus aliados de Europa occidental.

³² Ver a este respecto J. Lukács, *A New History of The Cold War*, New York, Anchor Books, 1966.

³³ Desde 1945 hasta la actualidad se han sucedido numerosas guerras y conflictos localizados de la más diversa índole en los cuales han participado las dos grandes potencias; por ejemplo: la guerra de Corea, el conflicto del Medio Oriente, la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam. Se han dado también intervenciones directas e indirectas de las mismas tales como la de la Unión Soviética en Hungría, Checoslovaquia y Afganistán; de los Estados Unidos en Irán, en Guatemala, en El Líbano, en Vietnam, República Dominicana, Grecia, Chile, Granada, en Panamá y en Irak. Vale anotar que el equilibrio de poderes alejó de Europa el enfrentamiento directo entre las dos superpotencias.

las conversaciones para una colaboración en la limitación de armamentos y un acuerdo para no seguir realizando pruebas con armas nucleares. Se percibe aquí cómo uno de los grandes temores de Europa occidental, la posibilidad de un holocausto nuclear o la preservación de la vida, uno de los valores supremos de Occidente, empuja especialmente a los europeos a buscar a toda costa, caminos de colaboración entre ambos bloques. Ahora bien, dialécticamente, si el desgaste de los nacionalismos había producido entre los europeos de la posguerra un sentimiento más comunitario y el deseo de una Europa más unida, la intervención obligada de las dos superpotencias en la vida de sus Estados no sólo reforzó este anhelo sino que la colaboración e integración entre los países del viejo mundo aparecía como una necesidad de sobrevivencia. De tal modo que, a pesar de los resentimientos y frustraciones, se inició el difícil camino de construir una organización económica y política más amplia que les permitiera recuperar en parte el status que habían perdido después de las dos guerras mundiales. Así surgieron poco a poco y salvando múltiples dificultades, organismos multiestatales para estudiar e impulsar la unificación de Europa. El Consejo de Europa (CE), fue uno de ellos, siguió luego la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA), y otras más, hasta que el 25 de marzo de 1957, en plena Guerra Fría, los seis países del CECA firmaron el Tratado de Roma con el que se creaba la Comunidad Europea de Energía Atómica (EURATOM), y en segundo lugar la Comunidad Económica Europea (CEE).³⁴

La férrea voluntad de unificación económica de estos países y los éxitos comerciales obtenidos y reflejados en sus respectivas balanzas de pagos, hizo que otros países europeos entraran en conversaciones para su ingreso. El auge del comercio mundial de los años sesenta fue una extraordinaria coyuntura para el fortalecimiento del Mercado Común en Europa, aunque el proceso de unificación política era más lento y dificultoso. Poco a poco Europa se había recuperado en el campo industrial de tal modo que pudo recibir una gran inyección de investigación y tecnología por parte de los

³⁴ De este modo la República Federal Alemana, Bélgica, Francia, Italia, Luxemburgo y los Países Bajos trabajarían por su propia integración económica y política y para la plena unificación europea que con el acuerdo de Maastricht de 1991 llevará a la unión monetaria y militar desde 1996.

consorcios norteamericanos que fueron admitidos con ciertas reticencias, dadas las presiones de los Estados Unidos. El inicio de la distensión también ayudó para que se aceptara con cautela la participación de la Unión Soviética y de los países orientales en el comercio europeo, sobre todo a través de la República Federal Alemana, convertida en el socio favorito de los países del COMECON.

Por su lado Estados Unidos y la Unión Soviética también deseaban un acercamiento; el primero para penetrar con sus inversiones en los mercados cerrados de Europa oriental y la segunda para recibir la ayuda occidental para los programas de remozamiento tecnológico de sus industrias. Difícil resultó el diálogo y las exigencias de lado y lado imposibles de cumplirse; pero el solo intento ya era valioso. A la Unión Soviética le era difícil soltar súbitamente el férreo dominio que le había permitido sobrevivir en plena confrontación con Estados Unidos y Europa. Por su parte los Estados Unidos no estaban dispuestos a dejar de tutelar sus intereses en Europa pero se veían obligados a apaciguar sus tensiones para poder manejar con más tino el asunto de Vietnam que le creaba no pocos problemas en el frente interno e internacional de su política.

La cooperación entre los dos sistemas económicos opuestos había sido difícil pero realizable sobre todo en el plano de la preservación de la vida y en el plano de mejorar paulatinamente la exigencia de mayor libertad y democracia en los regímenes de corte soviético. Los éxitos para los países de Europa occidental estaban a la vista; la solidaridad europea había crecido por encima de los enfrentamientos. Los países de Europa oriental habían experimentado también un aflojamiento de las duras riendas del poder, pues era una necesidad demostrar estas transformaciones para recibir de los gobiernos occidentales ayuda y cooperación. Para los Estados Unidos la coexistencia pacífica de los dos bloques le resultaba difícil en la medida en que no podía aceptar un equilibrio de facto de su poderío frente al de la Unión Soviética y las críticas de esta última a sus solapadas intervenciones. Por otro lado, el endurecimiento de su posición respecto del acercamiento que Europa intentaba con los países del bloque soviético y sobre todo con la URSS, lo alejaba de sus aliados y así Europa ganaba mayor independencia y libertad de movimiento; lo que contribuía a crear mayores vínculos y colaboración con el bloque oriental.

Las pérdidas materiales y el desprestigio moral de la derrota sufrida en Vietnam pusieron a Estados Unidos en posición desventajosa en relación con los soviéticos y se vio obligado a negociar en el plano de la no proliferación de armas nucleares y en el de la limitación de armas estratégicas³⁵ en las que la Unión Soviética había alcanzado grandes avances.³⁶ Así, desde los finales de la “Primavera de Praga” en 1963 hasta los inicios de la crisis económica mundial de los años setenta y ochenta —iniciada con el alza de los precios del petróleo, por parte de los países de la OPEP en 1973— se sucedieron nuevas conversaciones y entendimientos entre las dos grandes potencias con el fin de mantener el equilibrio necesario entre los dos bloques; lo que propició un mejor entendimiento mutuo en el campo económico y una mayor institucionalización del conflicto ventajosa para ambas potencias y para los países europeos.

La crisis de las economías mundiales y el lento declinar de las dos grandes potencias frente al avance acelerado de Europa, con Alemania a la cabeza y Japón en el campo económico hizo aún más patente el distanciamiento entre los europeos y Estados Unidos. La necesidad urgente que tenía Estados Unidos de compensar los gastos en armamentismo y seguridad que desangraban su economía le condujo a exigir a los europeos mayores compromisos concretos en lo tocante a la defensa hemisférica así como a presionarlos para que efectuaran una sensible disminución de las barreras comerciales para los productos estadounidenses; pero éstos aceptaron a medias la “Nueva Carta Atlántica”³⁷ pues les convenía no verse relegados a un segundo plano en las negociaciones entre los soviéticos y los norteamericanos; sin embargo, también exigieron se disminuyera la permanente presión que los Estados Unidos ejercía en el campo financiero para que revaloraran sus monedas en detrimento de sus economías; en otros términos demandaban un sistema monetario

³⁵ En junio de 1968, se firma el Tratado de No Proliferación Nuclear y se inician las negociaciones mejor conocidas como Strategic Arms Limitation Talks (SALT).

³⁶ Para 1970, la Unión Soviética había ya compensado su inferioridad en armamento estratégico, por lo que los Estados Unidos se vieron obligados a reconocer el principio de “paridad atómica”; con lo que, a nivel mundial, se alcanzaba un equilibrio estratégico y ya se podía negociar a partir de esta base la limitación de armamentos de parte y parte.

³⁷ Kissinger, encargado de la política exterior de la administración del presidente Nixon, quiso por medio de esta carta, escrita en la primavera de 1973, cumplir con una doble finalidad global: reducir las tensiones entre las superpotencias y por otra parte, involucrar más a los europeos en los asuntos de seguridad hemisférica; el segundo objetivo apenas se logró.

mundial menos manipulado por la política económica norteamericana.

El mayor acercamiento que Europa occidental había alcanzado con el bloque oriental le otorgó más facilidades para negociar con la Unión Soviética el suministro del petróleo y gas para sus plantas industriales en la crisis petrolera; lo que apaciguó las severas consecuencias económicas y acrecentó al mismo tiempo la competencia comercial con los Estados Unidos a corto plazo. En efecto, para mediados de 1970, aunque la recesión mundial había debilitado a los miembros de la CEE los avances integracionistas habían dado resultados concretos. Se notaba que Europa formaba ya un bloque poderoso y que trataba con gran autonomía tanto en el campo de las relaciones económicas como políticas respecto de los países del Este, la Unión Soviética en particular y con sus ex-colonias y los países del Tercer Mundo, que se estaban convirtiendo en sus abastecedores de materia prima y en sus apoyos políticos frente a la hegemonía norteamericana declinante.

De este modo, si Estados Unidos había alcanzado el punto culminante de su poder económico al final de la Segunda Guerra Mundial, veinte años después declinaba visiblemente. Su capacidad económica y su competitividad internacional se veían mermadas e internamente el desempleo y la inflación tendían a crecer y su balanza de pagos con el exterior no sólo se torna negativa a partir de 1971 sino que experimentaría un déficit sin precedentes históricos en la década de los ochenta.³⁸ En estas circunstancias, a pesar de los esfuerzos desplegados internamente y en el plano internacional para transferir su crisis a las economías europeas y al resto del mundo mediante devaluaciones del dólar, manejo de las tasas de interés y de exportación neta de capitales a su economía, Estados Unidos no pudo recuperarse plenamente. En este panorama tendencial crítico, porque efectivamente, se trata de la crisis más

³⁸ De 1965 a 1981, la rentabilidad bajó a la mitad y disminuyó nuevamente en la misma proporción en los años de la recuperación que se dieron entre 1982 y 1989. De 1965 a 1981 la inflación pasó del 5.1% anual al 9.4%; mientras el desempleo en el mismo periodo pasó del 3.5% al 9.2% de la PEA. En lo que respecta a su balanza de pagos y de cuenta corriente a partir de 1971, se vuelven negativas; se detiene su deterioro de 1971 a 1972 pero la insuficiencia competitiva de su industria vuelve a tomarlas negativas. En 1982, el déficit alcanzó los 8 mil millones, en 1985 creció a 150 mil millones, y se calcula que para 1990, incluso excederá un billón de dólares.

larga tormentosa que ha sufrido el sistema económico mundial (de contar desde 1965 hasta la actualidad) podemos afirmar que la distensión ha persistido a pesar de los conatos de resurgimiento de la "Guerra Fría" e incluso de la confrontación nuclear.

De este modo la colaboración entre Oriente y Occidente se ha visto fortalecida, entre otras razones, porque la propia crisis mundial mermó el poderío económico de las dos superpotencias de ambos bloques y contribuyó a frenar el armamentismo militar oneroso para ambas economías; hecho que contribuyó a consolidar la atmósfera de coexistencia pacífica. Por un lado, el incremento de los precios del petróleo repercutió de modo directo en la economía norteamericana y en la de Europa en tanto que en la Unión Soviética y el resto del bloque sus efectos fueron más retardados, no obstante se vieron afectados porque sus importaciones de materias primas y tecnologías sufrieron sensibles incrementos y con ello el precio interno de sus productos y las tasas de crecimiento de sus economías bajaron sensiblemente,³⁹ afectando sus modestos niveles de vida. Por estas razones la Unión Soviética intentaba un mayor acercamiento a Europa. La coyuntura en el alza de los precios del petróleo fue aprovechada favorablemente para intensificar sus acuerdos de colaboración en el plano de los intercambios de energéticos por tecnología europea; por otro lado, los cambios económicos y de mentalidad favorecidos por el ambiente de distensión influyeron decididamente para que la oleada del eurocomunismo se ampliara. Si bien este fenómeno inquietó a las dos superpotencias, porque podría ya sea romperse el precario equilibrio de fuerzas en favor de los soviéticos, o bien que las ideas heterodoxas manejadas por los partidos de la socialdemocracia podrían influir en el debilitamiento de la funcional disciplina soviética. Sin embargo, a largo plazo contribuyó al mayor acercamiento con el bloque oriental; hecho que redundó en beneficio de la Unión Soviética e impulsó una mayor colaboración entre las dos superpotencias.

En este clima favorable para la cooperación entre ambos siste-

³⁹ La Unión Soviética experimentó un crecimiento promedio de 4.3% en su producto interno neto entre 1976 y 1980; mientras éste bajaría la mitad entre 1979 y 1987; del mismo modo el resto de los países del bloque de un crecimiento de casi 4% entre 1976 y 1980 bajaron a 1.5% entre 1979 y 1987. Cf. Commission of Europe, *Economic Survey of Europe*, Brusells, varios números, 1982 a 1988.

mas, la estrategia soviética era ganar un valioso tiempo para la modernización paulatina de su sistema industrial envejecido y para levantar poco a poco las restricciones políticas de su sistema de gobierno, y aligerar la pesada carga económica que el mantenimiento del bloque significaba.⁴⁰ Se introducen reformas en los sistemas de planificación centralizada y en los mecanismos de cooperación de los países del bloque.

En vista de esto, Estados Unidos, también castigado por la severa recesión de su economía, intentó concretar intercambios comerciales con la URSS siempre y cuando en ese país se levantaran las restricciones migratorias a los judíos soviéticos y se respetaran los derechos humanos. La exigencia inaceptable para el gobierno soviético frustró uno de los objetivos principales de la política de distensión que ellos impulsaban desde los años setenta; lo que suscitó la protesta de los europeos que señalaron estar inquietos por el endurecimiento de la postura norteamericana que dificultaba grandemente la cristalización de los entendimientos con Europa oriental, especialmente con Alemania Democrática que había sacado ventaja inmediata de esas tendencias.⁴¹

Así, las críticas y presiones europeas a la política de endurecimiento norteamericano condujeron a plantear de nuevo el diálogo en torno a declinar la campaña por los derechos humanos en la Unión Soviética e iniciar las negociaciones interrumpidas sobre limitación de armamentos. En este clima Carter y Breznev firmaron los acuerdos SALT II en junio de 1979, que aunque no lograba mayor seguridad para Europa que seguía manteniéndose en su "papel de rehén" sí permitía la continuación de la política distensionista favorable a esta última. Pero las cosas duraron poco, pues en diciembre del mismo año la entrada de las tropas soviéticas en Afganistán dieron pie para que el gobierno norteamericano aprovechara

⁴⁰ Recientes análisis de la decadencia de la Unión Soviética indican que si bien ésta recibió beneficios de los países del bloque, los mismos, con la agravación de la crisis mundial que también afectó al bloque del Este, se volvieron en su contra. Ver a este respecto V. Bunce, "The Empire Strikes Back: The Evolution of the Eastern Block from a Soviet Asset to a Soviet Liability", en *International Organization*, vol. 39, No. 1, 1985, pp. 1-46.

⁴¹ La antigua Alemania Democrática sigue, ahora como parte de la Alemania reunificada, proveyendo a la Unión Soviética del 25% de la maquinaria importada y del 45% de herramientas importadas para maquinaria a cambio de petróleo y gas. Bonn a su vez aseguró a Moscú que estas empresas recibirán tres millones de marcos en créditos para asegurar este suministro.

la oportunidad para revivir el mito del "expansionismo soviético mundial" que era preciso contener con una política de fuerza; lo cual le servía de pretexto para proclamar la estrategia de una guerra nuclear limitada.

La reacción europea a la segunda respuesta norteamericana que ponía en peligro la distensión permitió detectar la creciente contradicción entre los intereses europeos orientales y occidentales cada vez más propensos a la colaboración pacífica y el interés de Estados Unidos en atraer a los europeos a una colaboración más estrecha en apoyo a sus decrecientes hegemonías.

La llegada de Reagan al poder junto con la ola de conservadores empeñados en recuperarla por la vía de la fuerza, se encontró con una Europa unida y con una autonomía creciente; opuesta a sostener un consenso pasivo frente a las cínicas exigencias de lograr la paz duradera y la colaboración mediante la amenaza y el rearme. Lejos había quedado la Europa de hace 35 años dispuesta a aceptar el liderazgo norteamericano presentado como la gran democracia mundial que garantizaría la paz de las derrotas de los colonialismos que las destrozadas naciones europeas anhelaban. Un duro proceso de convivencia se venía dando, a pesar de los intereses y resentimientos particularistas y una cada vez más clara conciencia de unificación y autonomía había sido el precio del desgarramiento del Este y del Oeste, garantizado por la pugna de las dos superpotencias.

El miedo a nuevas confrontaciones y al holocausto nuclear, que como espada de Damocles pendía sobre sus cabezas, la necesidad de ayuda para reconstruir miles de años de esfuerzos colectivos cristalizados en sus invaluable monumentos culturales y la decisión firme de construir un futuro más humano para sus pueblos les había obligado a resignar su orgullo y a limitar su soberanía frente a la arrogancia del gran aliado que sustentado en una infraestructura militar y de seguridad impresionante, centrada en su dominio industrial y financiero, tutelaba un "mundo libre" de Estados políticamente libres, de dictaduras y tiranías protegidas de las cuales se servía para construir su imperio económico mundial, un combinado de expansionismo, de dominación y explotación no colonial pero igualmente alejado de la libertad y democracia que proclamaba.

En 1980, la Europa unida y comunitaria aparecía en pleno proceso de integración y sus economías se lanzaban a la conquista

del mercado norteamericano y mundial de cooperación con los países del Este que tenían grandes dificultades en sus liderazgos sin emprender en paulatinas reformas políticas junto con la modernización de su gastada economía enfilada al sostenimiento de una burocracia administrativa y un aparato militar impresionante que succionaba los escasos recursos productivos frente a las exigencias de mejor nivel de vida para su población en permanente sacrificio. En la década de los ochenta la necesidad que experimentaba Estados Unidos de fomentar una nueva era de Guerra Fría a nivel mundial y una “guerra caliente localizada”, funcional a la recomposición de sus intereses hegemónicos y al relanzamiento de su industria en constante caída no pudieron romper el anhelo de coexistencia pacífica que se expresaba en las relaciones entre el Este y el Oeste y que se estaba concretando en los acercamientos entre Europa oriental y occidental para una colaboración más estrecha. Sin embargo, el resurgimiento del fundamentalismo neoconservador norteamericano que no vacila en su función de convencer a sus conciudadanos de una “América fuerte” sustentó las reiteradas intervenciones de los Estados Unidos en Centroamérica y Medio Oriente, y la descabellada y hollywoodense intervención en Granada que dificultaron la tarea.

Por su parte las reformas en los países de Europa oriental y en la Unión Soviética en particular, en la medida en que la crisis mundial se acentuaba, encontraron también límites estructurales difíciles de sobrepasar sin transformaciones de fondo en el aparato productivo y en el espectro político del sistema de economía burocráticamente centralizada. Los obstáculos políticos a franquear eran enormes y era preciso una visión clara de los mismos y mucho tino para no abrir súbitamente una olla de presión a punto de estallar.

Con la llegada de M. Gorbachov al poder en 1985, las reformas débilmente planteadas en el periodo de Brezhnev se aceleraron con sus propuestas de la Perestroika y la Glasnov. Pronto se hizo evidente que estas reformas no sólo tocarían el marco interno, sino que trascenderían a las relaciones internacionales de la Unión Soviética y a los países del bloque. Surgía una nueva etapa de distensión y colaboración entre el Este y el Oeste.

Europa y sobre todo los Estados Unidos, enfrascados en salir de su propia crisis, necesitaban por su lado pruebas fehacientes de los

anhelos de cooperación abierta entre Oriente y Occidente para la llegada de un mundo mejor. Se habían dado discursos, gestos y acciones aisladas pero sólo la Unión Soviética podía asegurar al mundo occidental que el Oriente era también Occidente y que los anhelos de paz, libertad y mejor vida eran genuinos; esto lo entendió Gorbachov por lo que combinó magistralmente la lógica de las reformas internas y las del marco internacional que las apoyarían. Restablecer la unidad europea y con ello acelerar la colaboración entre el Este y Oeste era uno de los puntos nodales de esta política a nivel internacional y, para ello, la reducción unilateral de armamento nuclear, la política sostenida de democratización que significaba la desintegración paulatina del aparato del poder sostenido por el Partido Comunista y el consentimiento tácito de colaborar para la reunificación de Alemania revelaban la magnitud de los cambios que se habían puesto en marcha y el anhelo genuino de querer lograr la paz y democracia duraderas.

La caída del muro de Berlín el 9 de noviembre de 1989, por su parte, fue el anuncio de una nueva era para Europa y el mundo, y la Unión Soviética aseguraba al mundo que el Este y el Oeste ya no estarían divididos. Occidente no se lo esperaba o al menos de modo tan repentino, pero la magnitud de las reformas a realizarse con la nueva revolución democrática que eclosionaba así lo exigía. Es así como el final de la división del mundo actual llegaba a su fin y los efectos internos de la revolución continuarían socavando lentamente las viejas bases del poder burocrático. En efecto, Mijail Gorbachov presionado por las soterradas fuerzas conservadoras que veían desplomarse la dominación soviética sobre Europa del Este y sus propias bases de poder, aseguraba en el Vigésimo Octavo Congreso del Partido Comunista Soviético que ya no había posible retorno: "No más dictadura, si alguien tiene esa descabellada idea en su mente, ¿puede ésta —la dictadura— resolver algo?" Lo más duro y recalcitrante del poder burocrático en descenso pensaba que sí, por lo que fraguó un golpe de Estado en agosto de 1991. Sin embargo, las fuerzas democráticas sumidas en un letargo de años se habían despertado y el pueblo soviético particularmente el ruso y de Moscú, salió a las calles a defender los logros democráticos. El arribo de Boris Yeltzin al poder de la República Federal de Rusia sólo aceleró las transformaciones ya iniciadas, las que aún nos pueden deparar

eventos inesperados y reacciones conservadoras si el apoyo de Occidente no se hace efectivo⁴² ahora que los pueblos de la Comunidad de Estados Independientes (CEI) más lo requieren.

Es obvio que la ruptura de la polarización entre el Este y el Oeste no es sólo tarea de la fenecida Unión Soviética sino de los esfuerzos que los Estados Unidos, Europa y el mundo occidental emprenderán en el futuro para consolidar la cooperación y colaboración con la CEI. En este aspecto la respuesta de los Estados Unidos a los cambios que se fueron dando en el bloque oriental fue lenta y dubitativa. Es así como en los noventa el alegato de la campaña de Bush sobre la necesidad de negociar con la Unión Soviética sobre una posición de fuerza —como ya lo había intentado Reagan— y que implicaba el fortalecimiento de la hegemonía militar, o sea, más gasto en armas y en seguridad “para mantener en todo el mundo la ayuda y apoyo de los que luchan por la democracia y la libertad” no fue precisamente en función de facilitar la cooperación entre el Oriente y Occidente. Lo que explica el escaso apoyo que esta política recibió por parte de sus aliados europeos y del Japón. Así, el nuevo presidente norteamericano al no contar ya con el poderío económico, ni político, ni militar de las etapas posteriores a la Segunda Guerra Mundial y para no aumentar más aún el tremendo déficit presupuestal (que cada vez resulta más difícil de transferirlo a las naciones, vía altas tasas de interés, pago de la deuda y otros mecanismos a riesgo de reventar el sistema económico centrado en el dólar y hacer tambalear el sistema capitalista) tuvo que variar las líneas de su estrategia y plantear una línea de apoyo y solidaridad a las transformaciones internas que se estaban dando en el interior del sistema socialista estatal. Así, la administración Bush ha tratado al mismo tiempo, de mantener la armonía con sus aliados cada vez más autónomos en el campo económico y político aflojando en lo que sea posible las tensiones entre los bloques y, por el lado de las relaciones entre las superpotencias llegaron a una forma de compromiso tendente a facilitar el apoyo y la colaboración para acelerar las transformacio-

⁴² Esto es lo que perciben algunos líderes rusos y Yeltzín protesta por las extremadas exigencias que el FMI le impone para que los 7 Grandes en la cumbre de julio a la que él asistirá puedan confirmarle un préstamo de 24 billones de dólares ofrecidos en abril de 1992, que darían un gran desahogo económico a su pueblo. Cf. C. Goldberg, “Yeltzin Tries to Soothe Coup Fears”, en *Los Angeles Times*, July 5, 1992, p. A-1.

nes internas e internacionales⁴³ que permitirán mayor libertad, democracia y mejor vida para todos.

Esto ha implicado compromisos que hasta el momento se han cumplido: no entrometerse en los asuntos que tienen que ver con sus más estrechos aliados y sus esferas de influencia, para poder optar, cuando sea necesario, por soluciones libres de las tensiones antagónicas. Es dentro de esta nueva forma de distensión que, paradójicamente, se puede explicar no sólo la intervención armada en Panamá a fines de 1989, sino también las tremendas presiones a las que fueron sometidos los sandinistas, el enorme despliegue de fuerza en la guerra del Golfo y la tácita anuencia de la Unión Soviética; así como el discreto comportamiento de los Estados Unidos frente a la independencia de Lituania y los desbordamientos nacionalistas producto de la lenta y controlada transformación del sistema político soviético que condujeron al desmoronamiento de la antigua unión.

Aún más, el brutal despliegue militar en contra de Irak, terminó con la bipolaridad, sustituyéndole por un nuevo orden mundial unipolar. No obstante, Estados Unidos, Europa occidental y Japón están conscientes de que esta situación es transitoria por insostenible. Estados Unidos no cuenta con la base económica para soportarla indefinidamente y cualquier asignación de recursos para mantener su hegemonía militar sólo le conducirían a la debacle, sobre todo considerando que además de su competencia con la Federación Rusa recuperada y la CEI, Estados Unidos tiene que afrontar el rápido ascenso hegemónico de Europa occidental, liderada por Alemania y Japón. De ahí que Estados Unidos, contrario a sus posiciones de antaño se haya convertido últimamente en propulsor de la cooperación y de apoyo a Rusia y los ex-países socialistas. Posición que se ha visto reforzada por los trágicos enfrentamientos originados por los brotes nacionalistas en dichos países, incluyendo varios que conformaban la misma Unión Soviética. Esta situación ha propiciado que se fortalezca el clima de cooperación entre el "Este" y el "Oeste", pues se teme que las inestabilidades políticas del primero se internacionalicen y conlleven a una catástrofe mundial.

⁴³ Esto se evidenció en las negociaciones para la unificación de Alemania que el canciller de Alemania H. Kohl negoció con el presidente Gorbachov y la anuencia del presidente Bush para que Alemania unificada formara parte de la NATO y que las tropas soviéticas permanecieran tres o cuatro años en la ex-Alemania Democrática.

Todo ello aparece como una lógica necesaria para entrar en una nueva era de colaboración en los campos político, económico, industrial y tecnológico con la superpotencia capitalista, los Estados Unidos, que por desgracia, dada la crisis que sigue viviendo, tiene dificultades en prestar una ayuda decidida a los nuevos países del bloque desmoronado que experimentan enormes carencias de créditos. En este respecto, el discurso de Boris Yeltzin en el Congreso de los Estados Unidos fue un llamado de urgencia a su pueblo y gobierno, como ya lo había hecho en años anteriores a los países de Occidente, sin mayor éxito, el propio Gorbachov.

Europa occidental, presionada por su propia integración y la reunificación alemana, a su vez experimenta dificultades para ayudar concretamente a la rápida modernización de los países de Europa oriental y la ex-Unión Soviética en particular, que aún no define claramente su estatus y su papel en el escenario europeo. Empero, es preciso recordar que el imperio soviético desmoronado y en particular la Federación Rusa, el corazón y la base de la Comunidad con el 50 por ciento de la población de la antigua URSS, con el 76 por ciento de la tierra y el 70 por ciento de la producción nacional sigue siendo un poder continental⁴⁴ con el cual es preciso negociar constantemente.

Estados Unidos y Europa parecen por momentos entender muy bien esta situación y se esfuerzan por involucrar al Japón, la otra potencia económica emergente que en esta nueva configuración de poderes va adquiriendo cuerpo y exige recuperar sus posesiones perdidas en la Segunda Guerra Mundial para entrar en esta cooperación.⁴⁵ En este respecto, la Cumbre de los 7 Grandes (Estados Unidos, Japón, Inglaterra, Italia, Francia, Alemania y Canadá) recientemente reunida en Munich, representación genuina del Occidente industrializado, reflejó un tanto este panorama. De hecho, Estados Unidos propuso que se incorpore al G-7 a Rusia, lo que no fue bien

⁴⁴ Esto lo acaba de recordar Boris Yeltzin un día antes de la reunión en la Cumbre en Munich de los 7 Grandes al manifestar, quizás sólo por mantener las apariencias, su oposición a las exigencias del FMI (i.e. las exigencias y presiones del Grupo de los Siete para que acelere las reformas mercantiles) para liberar todos los precios de los energéticos antes de autorizarle el préstamo de 24 mil millones de dólares: Cf. "To force us to our knees for this loan, no"... "Rusia is still a great power; it will not allow itself to do that". Cf. a este respecto el reportaje de M. Cruisinger, "Yeltzin stance may stir G-7 storm", *San Diego Union Tribune*, July 5, 1992.

⁴⁵ Se trata de las Islas Kuriles por las que el Primer Ministro del Japón Kiichi Miyazawa reclama al presidente ruso. Cf. "Yeltzin stance may stir G-7 storm", *San Diego Union Tribune*, *op. cit.*, p. A-12.

recibido por Alemania y en particular por Japón, debido, como se advirtió anteriormente, a disputas territoriales originadas en la Segunda Guerra Mundial, cuando la Unión Soviética se apropió de las Islas Kuriles japonesas. Sin embargo, en dicha reunión sí se avaló la ayuda buscada por la Federación Rusa de 24 mil millones,⁴⁶ apoyo que es muy importante, pues la asistencia que necesitan los países de la Europa oriental y la CEI para resolver sus problemas son, a ciencia cierta, en bien del desarrollo futuro del mundo.⁴⁷

Así la era de la bipolaridad ha llegado a su fin y los anteriores enfrentamientos entre las dos potencias decadentes pueden dar lugar a la búsqueda de un nuevo mundo de cooperación y entendimiento entre los países del Este y del Oeste que hoy más que nunca buscan hacer suyos los valores de mayor libertad con mejor vida para todos. Los escollos futuros de esta nueva era iniciada son aún grandes pero existen intereses comunes; la promesa de jugar limpio y la esperanza de lograr el reto será en beneficio del enriquecimiento social y de la construcción de un mundo más humano. Se ha avanzando a pasos gigantescos en los últimos años. Pero hay mucho qué hacer y como se insinuó anteriormente es preciso que se reconozcan las contribuciones de los sistemas socioeconómicos del presente siglo y se apoye el desarrollo pacífico del mundo con nuevos paradigmas que aprendan del pasado sin temor a integrar en sus propuestas socioeconómicas las virtudes del liberalismo y del socialismo, patrimonios invaluable de la cultura occidental.

Conclusiones

La afirmación triunfalista de los *think tanks* de las élites neocon-

⁴⁶ En materia de cooperación con los países agobiados por el peso de su deuda externa o que enfrentan problemas de transición, Rusia fue la más beneficiada, seguida por sus ex-aliados europeos. Yeltzin mostró alivio aunque también preocupación porque la cantidad es insuficiente y el calendario de desembolsos de la ayuda es lento e inicialmente exiguo en relación a las necesidades de su país. Por ello también ha propuesto canjear unos 74 mil millones de dólares del débito externo, heredado de la ex-URSS, por activos en propiedades en Rusia, tales como terrenos, industrias, minerales y productos energéticos disponibles. También solicitó aplazamientos y fijación de "pagos realistas". Véase: "Acuerdan los 7 consolidar el relanzamiento y la expansión de la economía mundial", *La Jornada*, jueves 9 de julio de 1992, pp. 37 y 40.

⁴⁷ Ver a este respecto el reporte de J. Risen, "Economics to Top G-7 Agenda for First Time", en *Los Angeles Times*, July 5, 1992, p. A-1

servadoras de los Estados Unidos para manejar al pueblo norteamericano crédulo y muchas veces ingenuo (pues se ha formado y desarrollado dentro de una cultura de masas dominada por la televisión manejada por los intereses de grandes consorcios de negocios norteamericanos) “del triunfo del capitalismo sobre el socialismo” o lo que es su equivalente: del triunfo de Occidente sobre el Oriente, es una visión simplista de una realidad más compleja y rica que hemos tratado apenas de describir. Por otro lado, las derivadas políticas y sociales de la misma afirmación son aún más peligrosas pues conducen a mantener el mito de la primacía de los Estados Unidos sobre los demás pueblos; lo que conduce al endurecimiento de los enfrentamientos ideológicos y a fomentar una competencia que refuerza las ansias de dominio, expansionismo y explotación que han contribuido a negar los valores universales de la libertad y de la democracia necesarios para obtener una mejor vida para todos.

Las crisis vividas por ambas alternativas económico-sociales y de vida revelan que no han podido, ni en sus mejores momentos, universalizar los más preciados valores de Occidente; y sus relaciones antagónicas han conducido por la vía conflictual a realizar un largo aprendizaje, cuyos costos sociales han sido muy altos. Tiene que aprenderse que ambas alternativas han propuesto la consecución de un mundo mejor, basándose en principios que deben ser rescatados y conciliados, al igual que los logros alcanzados unilateralmente tienen que ser compartidos entre todos. La libertad y la democracia—que pueden conducir a una nueva vida, a un futuro más humano—han sido prostituidas por la primera alternativa: liberal-capitalista, de la modernidad por una industrialización depredadora de la naturaleza; un capitalismo ávido de lucro, pero no de forjar a partir de múltiples satisfactores una mejor vida para todos. En la segunda alternativa: la socialista, el logro de abundantes riquezas mediante la industrialización también empobreció nuestro ambiente de vida con escasos satisfactores materiales y altos costos de ineficiencia y privilegios sociales que procuraron a las mayorías un igualitarismo homogeneizante que coartó el pleno desarrollo de la libertad y de la democracia.

¿Puede llevarse a cabo un proyecto de economía, de sociedad y de vida que acoja los logros y los valores positivos de ambas alternativas sin reproducir sus lacras? ¿Puede la nueva estrategia de

colaboración —no exenta de conflictos— abolir la explotación individual, el dominio y el subyugamiento de los pueblos que con su trabajo han contribuido al surgimiento de un “Oriente” y un “Occidente” más industrializados, con mayores riquezas y, por ello, con mayores posibilidades de colaborar entre sí, pero, también de prestar ayuda solidaria a los que contribuyeron a su desarrollo? ¿Puede la nueva colaboración unificar los intereses y desarrollo de “Occidente” y unificar su patrimonio intelectual de tal manera que en la transición a la democracia del fallido experimento de socialismo de Estado no se ahogue la justicia social y ésta se fortalezca en los demás países? ¿Puede la nueva etapa de colaboración, libre de la dicotomía producto de intereses nacionalistoides, convertirse así en una cooperación y solidaridad Norte-Sur?

Creemos que sí. Que para su éxito la parcial colaboración que se ha dado en la práctica debe continuar y ahondarse, y debe ser fortalecida con nuevos paradigmas que aprovechen sin temor los valores dejados por el liberalismo y el socialismo que son patrimonio universal,⁴⁸ nunca más deben ser éstos tergiversados para fomentar el antagonismo, sino que deben ser aprovechados para fomentar un desarrollo global más humano.

Éstas son algunas de las reflexiones que la realización de este trabajo nos ha permitido condensar y que se las ofrecemos para la discusión esclarecedora, aguijoneadora e impulsora de nuevas salidas, nuevas alternativas para gozar de una mayor libertad y una mejor vida que es la utopía que los hombres siempre mantenemos como perspectiva de lograr la plenitud de nuestro ser humano y social.

⁴⁸ Cabe acotar que no estamos proponiendo la creación o uso de simples eclecticismos como vía de convergencia entre el socialismo y el liberalismo. Proponemos que se creen nuevos paradigmas que respondan a las siempre crecientes y cambiantes necesidades humanas de comprensión de la realidad, una transformación de la naturaleza en armonía con la misma, y una búsqueda de un mundo más justo y pleno, aprovechando en la formación de nuevas ideas tanto los valores y principios teóricos esenciales de dichos paradigmas, así como las lecciones de sus aplicaciones reales. Igualmente, el llamado a la cooperación real y la formación de nuevas ideas no es sólo válida para los líderes y pensadores de Occidente, sino también para los líderes y pensadores de Oriente, algunos de los cuales se encuentran actualmente mesmerizados por el mercado y tienen como panacea obtener las aspiraciones que no pudieron conseguir bajo un socialismo reprimido.